

y torres que flagelan las estrellas.

(El mundo, la ciudad, es una emergencia de dedos que mondan horas)

3

Un plátano de sombras

dibujan los faroles desde todas las esquinas

bajo nuestra presencia, y los ángeles

empiezan a soplar en nuestra boca.

Llueve. Llueve en la ciudad

como llovía aquella noche en Brest.

¿Recuerdas, Bárbara?

No hay bengalas que hieren nubes en su vientre

ni otros dolorosos recuerdos pueden atarnos

a una ciudad cuya niebla era la sangre

salpicada en las tapias blancas de los conventos.

(Blancas días antes, para la buena marcha del recuerdo).

Pero llueve ahora como en Brest.

Como en el Brest, Bárbara, de aquella noche.

Del negro suelo con huellas de neumáticos

emergen gritos y las ramas empiezan a dolerse de la luna acumulada

y Dios, de golpe, dobla

todos los monolitos.

La ciudad asciende. Y derribamos

nuestra misma presencia entre la soledad.

Llueve. Llueve sobre la ciudad.

Como en Brest.

Como en el Brest de aquella noche.

Es una suave, amorfa, llamada gris lo que nos ahoga.

*Como en el Brest con sangre en todas las manos y sobre la hierba y las
aceras.*

¿Recuerdas, Bárbara?

Llueve sobre nosotros la ciudad entera y doliente.

Emilio RUIZ PARRA.